

ESPEJISMO

La brisa se levantaba entre los recovecos de una ciudad fantasmal. Los ecos de la memoria resurgían de las aceras de Navalmanín pidiendo venganza. Aquella fundación teñida de sangre y violencia, en la que Taddeus, un terrateniente, esclavizaba a sus aldeanos pidiéndoles tributos imposibles revertidos en pagos con sus propios hijos. Hijos que desaparecían en las dependencias de aquel hombre cruel, y que si salían, lo hacían mudos de la angustia y el pánico.

Seiscientos años después la verdad se olvida, y una estatua homenajea hoy a Taddeus, en el manto rojo de un atardecer primaveral. Las calles están ahora impregnadas por el olor nauseabundo de una fábrica de piensos, y el suelo de duro asfalto. Donde antes hubo un patíbulo, ahora hay viejos columpios oxidados, que chirrían cada vez que el viento les golpea suavemente.

Juan pasea cogido al carrito de su hermano pequeño, cantando una repetitiva canción de su invención. Pasan junto a su madre al lado de la estatua sin prestarle mayor atención.

Al llegar al parque, Juan se suelta del carrito para ir directo al tobogán y su madre se sienta en un banco. Sin embargo, cuando se encuentra en la cima y va a deslizarse hacia abajo, algo le frena.

La brisa fantasmal se arrastra ahora por su nuca y revuelve los arbustos, donde se deja entrever algo con el movimiento pendular de las ramas. Juan se acerca, las aparta y descubre un espejo con un viejo marco de bronce. Verse a sí mismo le hace gracia y empieza a hacer caras graciosas y pedorretas con las manos, hasta que algo aparece detrás de su reflejo.

Es un hombre alto, con un poblado bigote y con ojos crueles que le mira. Juan se da la vuelta, asustado, pero no hay nadie. Menos mal, aquel hombre había estado a punto de hacerle llorar. Mira de nuevo el reflejo y ya no está el suyo, sino el del hombre con los ojos inyectados en sangre saltando sobre él.

Cinco horas más tarde, la policía barre la zona buscando a Juan. Su madre, angustiada, descubre un espejo entre los arbustos. Un grito rasga la tranquilidad de aquel viejo pueblo.

Una camilla empuja a una madre que jura haber visto a su hijo llorando dentro del espejo, pasando al lado de la estatua de Taddeus, que con su bigote poblado y sus ojos crueles mira a los transeúntes.